

Vos y yo en el futuro

Estamos vos y yo en el futuro. Ya no hay autos en la ciudad. Nada más gente que camina con los ojos cerrados y sin chocarse. De alguna manera, descubrieron cómo. Me explicás en el oído: es algo que tienen incrustado en la nuca. Y yo entiendo perfectamente porque me lo soplás así. Si me lo dijeras a la distancia no entendería nada. Hay sol, pero en un rato va a haber nubes. También es por un nuevo sistema, me contás: lo instalaron hace dos años. Pero yo no quiero saber, en verdad. Lo único que quiero es escuchar tu explicación suspirada, imaginar cómo las palabras se te pegan en la piel, en el cuello, en la mandíbula. ¿Nos sentamos en un bar?, me decís, como si fuéramos turistas en esta ciudad. Pero si esta ciudad es nuestra, te digo yo. Sí, ya sé, pero vos hace mucho que no venías. Pienso que tenés razón; ahora la ciudad me desconoce y al revés también. ¿Sí?, te pregunto, pero de nuevo por la misma razón de antes, y no para saber. No me interesa el conocimiento. Nada más quiero que nos sentemos en un bar y que me expliques al oído todo lo que pasó durante estos años.

¿Acá?, me decís. Y veo que las paredes son todas blancas y las copas, cuadradas, y entonces pienso que el lugar me da lo mismo pero te digo: Sí, es el bar perfecto. Entonces nos sentamos uno al lado del otro, mirando para afuera. Ya empieza a nublarse, ¿viste? Yo miro para arriba y veo que hay una superficie blanca y lisa en el cielo, que va avanzando como un telón. ¿Así son las nubes ahora?, te pregunto. Sí, decís, pero estás muy lejos. No te escucho, te digo, y me acerco y ahora todo tiene más sentido. Sí, repetís, todavía no le dieron textura al diseño, ¿son un poco planas, no? ¿Un poco?, te pregunto yo, y vos te reís y yo no puedo creer que haya algo en mí que tenga ese efecto sobre esta tierra.

Pedimos una cerveza. La botella que nos traen es distinta de como las recuerdo. ¿No se servía por arriba, antes?, te pregunto. Y vos me explicás que sí pero que ahora cambiaron el diseño. No me imagino qué causa pueden haber tenido para esa modificación, no entiendo la diferencia. Qué sé yo, me decís, esas cosas de los barman nuevos. Ah, te respondo, y cierro un minuto los ojos. Adentro, en la oscuridad de mis párpados, proyectados ahí, en luces azules, veo números, como en un reloj digital que va marcha atrás. Es una cuenta regresiva pero no sé para qué sirve. Abro los ojos de nuevo. Te miro. Me ves algo en la cara porque me preguntás si estoy bien. Digo que sí pero no es cierto, no sé cómo estoy. ¿Cuánto falta?, me decís. Dos horas y veinte minutos, contesto sin entender.

Pongo una mano sobre la mesa blanca. La miro. Y ahora se acerca la tuya y me tocás los dedos con tus dedos. Tu caricia me parece la única forma posible del tacto. Siento tu piel y miro tu perfecto modo de estar más viejo. ¿Pero yo dónde estoy?, te pregunto. Y te acercás mucho a mi cara. Me olés el cuello, al costado, y recién entonces me entero yo de que tengo un olor que al parecer es o fue mío. Es como el de antes pero también distinto, me decís, y yo no entiendo. ¿Pero yo dónde estoy?, te pregunto de nuevo. Shhh, me decís, tranquila. Y me das un beso en la mejilla y de nuevo te alejás y ese movimiento es exactamente la tristeza más plena que me podrías haber causado.

Agarro mi cuadrado de cristal lleno de cerveza y tomo. De fondo, adentro de mi cabeza, escucho una canción muy dulce, muy dulce. Y la empiezo a cantar con voz bajita. No me había dado cuenta de que la sabía de memoria. La canto y siento la pronunciación en la boca. Y entonces miro de nuevo para afuera. La gente pasa apurada, son muchos, miran para adentro de sus ojos; te miro a vos y me parece que estás conectado con todo eso: hay una comunidad de la que ya no formo parte. Tengo el sabor de la canción en la boca. Te miro. Estás tan lejos. No estás en mi oído. Mirás para afuera con la cerveza en la mano. Sabés algo que yo dejé de saber. Sabés cosas importantes que me tendrías que decir pero no me querés decir nada y yo me siento exhaustivamente sola.

Termino la canción y también la cerveza que está en mi vaso. Vos me mirás tomar. Tus ojos se me pegan en los dedos. ¿Qué pasa?, te pregunto. Nada, decís, siempre me asombró cómo agarrás las copas y los vasos. ¿Qué tiene?, no entiendo. Entonces vos movés tu silla más cerca y creo que los dedos se me están por abrir y que la copa se me va a caer. Es así, te acercás y me decís: tus dedos finitos, acomodados siempre perfectamente en todo el vaso, distribuidos tan bien. Yo veo cómo se te mueven los labios mientras hablás; en vez de escuchar, veo lo que pronunciás. Me pierdo ahí porque

adentro está tu lengua y me imagino que tendría que estar al lado de la mía, o arriba, o al costado, o girando juntas adentro de tu boca. ¿Hace mucho que no nos damos un beso?, te pregunto. Vos no contestás nada y yo quisiera llorar pero me da la sensación de que adentro no tengo ningún líquido.

Terminás vos tu vaso de cerveza y te levantás. ¿Vamos? Y yo no entiendo cuánto tiempo pasó hasta que cierro los ojos y veo que adentro de mis párpados la cuenta regresiva azul ya restó más de una hora y faltan menos de sesenta minutos para llegar a cero. Salimos. Miro para arriba. Ahora la superficie que avanzaba ya ocupa todo el cielo y es más oscura; una tela gris sin tonos. Siento tu mano. Me sonreís y yo quiero tu sonrisa adentro de mi sonrisa. Te veo. Estás ahí, en el medio de la gente, en el medio de la calle, en el medio de la ciudad. Pero siento que no, que no estás. O que no estoy yo. Que me removieron. ¿Nosotros estamos juntos?, te pregunto, y vos te reís de nuevo. Shhh, tranquila, me decís, me agarrás de la cintura y veo que del bolsillo sacás tu teléfono y tocás algo. Después de eso yo vuelvo a mirar para arriba y de nuevo bajo la vista a mirarte a vos: tu boca, tu sonrisa, tu mandíbula de cada lado. Quiero mirarte para siempre y ya no te pregunto más nada porque algo adentro me quedó más flojo.

¿Querés hacer algo más?, me preguntás vos. Intento definir una respuesta que me salga de la piel o de las ganas de estar cerca tuyo. Pero no puedo articular ninguna oración y te digo: lo que vos quieras. Caminemos, entonces. Y siento de nuevo que me agarrás de la mano y que vamos para adelante en la calle. ¿Te acordás cuando nos conocimos?, me preguntás. Sí, pero contame de nuevo, al oído: digo eso como si alguien lo dijera por mí. Entonces me abrazás y tus labios quedan muy cerca de mi oreja. Fue una tarde, vos estabas tan hermosa, había algo que te rodeaba, que te señalaba para mí. Me miraste y yo te miré y sonaba una canción muy dulce, muy dulce, y supe que íbamos a estar juntos. Te quedás callado. Te miro. Estás más triste ahora. ¿Cómo puede ser que algo tan lindo termine tan mal, Jaz?, me decís, y ahí vuelvo a saber mi nombre. No lo sé, Fer, te digo, y ahí vuelvo a saber el tuyo. Sacudís la cabeza. No hablemos de eso ahora, decís, y me seguís contando sobre nuestro primer beso, sobre la primera tarde juntos, sobre una vez que fuimos a una plaza y nos tiramos en el pasto. Yo sonrío e imagino las escenas: es como estar en un lugar desconocido con un fantasma de vapor.

Nos quedamos quietos en una esquina. De frente. Me agarrás la cara, queda entera entre tus manos. Estoy tan floja que no puedo pensar ni recordar nada. Veo que te acercás pero que hay algo infinitamente lejano en tu boca. Como si nunca fueras a llegar a la mía. Cierro los ojos y siento tus labios por la temperatura, tu lengua por el agua, tus dientes en la fricción. Quiero que eso dure para siempre, quiero estar en esa esquina con vos hasta que no quede ninguna superficie con que tapar el cielo. Y mientras nos besamos veo que el reloj desciende más y más rápido en mis párpados. Me separo del beso y abro los ojos. No, digo, y no sé por qué: no, que se va a acabar. No pasa nada, tranquila, me decís, y me abrazás. Cierro los ojos de nuevo. Faltan veinte minutos para llegar a cero.

Seguimos caminando y llegamos a un edificio blanco y vidriado. Vos te quedás quieto en la entrada. Yo miro la puerta y veo un cartel que dice Sempre. Las letras están grabadas sobre un espejo y me veo los ojos; no sabía que eran de ese color. Entramos, decís, y me ponés una mano abierta en la espalda. Subimos los dos al ascensor. Hay pantallas con imágenes de todas las oficinas y departamentos del edificio. Apretás una en donde se ve a una mujer vestida con uniforme blanco y empezamos a movernos hacia arriba. ¿Adónde vamos?, te pregunto. Ahora ya llegamos, me contestás, y yo siento que las rodillas más blandas del mundo son las mías y no entiendo de qué manera lo que me decís puede responder lo que te pregunté.

El ascensor se abre y nos bajamos. Detrás de un mostrador, está la mujer de uniforme. Sonríe y te saluda pero a mí ni siquiera me mira. Arriba de ella, de nuevo un espejo que dice Sempre. Doy vueltas para buscar tu cara. Hay una cosa importante que no me contaste, ¿no?, te digo. Y vos no me decís nada y me acariciás el pelo. ¿Cómo le fue hoy?, te pregunta la mujer. Todo bien, muchas gracias, decís vos. Y siento de nuevo la forma exhaustiva de mi soledad. ¿Vamos?, dice la mujer, y caminamos los tres. Yo ando ya como sin piernas, así de floja estoy, y entramos todos a una habitación con mucha luz. Hay tres cajitas blancas sobre una mesa, una al lado de la otra. La primera tiene escrito mi nombre. Jaz, dice, y está abierta. Las otras dos dicen Ana, Caro; y están cerradas. Me doy vuelta. Veo tus

mandíbulas. Tus ojos me parecen los únicos que pueden existir. Me das la mano. Tus dedos en mis dedos. Te acercás y me das un beso en la mejilla. Chau, Jaz, me decís. Yo giro y veo que la mujer prepara algo en una computadora. Vuelvo a mirarte y algo adentro se me desarma. No me dejes así, te digo. Quedate un rato, Fer, por favor. Y con las palabras me termino de ablandar del todo. Te das vuelta y te vas y me acuerdo de que una vez no sé hace cuánto te vi igual de lejos que ahora, haciendo valijas y llevándote cosas de una casa que compartíamos. Cierro los ojos y el reloj está casi en cero y entiendo que estoy a punto de saber algo muy importante. Pero escucho un click, aparece una superficie negra y, al final, todo se apaga.

Cuento publicado en *Diario Hoy Día*, Córdoba, febrero 2018.
<http://www.hoydia.com.ar/cuentos-de-verano/vos-y-yo-en-el-futuro>
Y en *Revista Próxima*, N° 37, Buenos Aires, marzo 2018.

Moonlancholia

No hay rojo.

Hay una luna grande redonda blanca con gris como siempre redonda. Más temprano leíste que la luna iba a estar toda roja, pero desde el balcón no ves el color. Ves nada más las plantas, mezcladas.

No hay rojo. No hay ningún rojo.

Alrededor tampoco hay ninguna nube, pero llegás a pensar que hay algo raro. Que algo está mal. Te quedaste hasta tarde despierta para ver, pero ahora ya tenés sueño y la luna sigue igual que siempre. Esta hora de la noche no te gusta. Te hace acordar a un hombre del pasado.

Mirás de nuevo el cielo, pero no hay ningún rojo. No hay rojos.

La geometría se le ve perfecta a la luna blanca. La claridad sola, pura, que brilla. La superficie oscura que le hace de entorno poroso. Pensás que mejor podrías ir entrando. Pensás en tu cama, en el acolchado, en las sábanas. Ahí no hay lunas ni plantas ni el viento de esta hora de la noche.

Ni siquiera hay rojos. No hay casi nada que se parezca al rojo.

La luna sigue siendo redonda y no podría ser de ninguna otra forma en su contorno. Es tan redonda que afecta el trazo de todas las líneas rectas que existen en el universo. Y parece que alguien le inventó ese blanco que no termina de ser del todo blanco: que es gris, o nácar. La luna no te convence. Las plantas se mueven y las hojas te tocan los tobillos. Te los acarician y pensás de nuevo en entrar. Y en tu cama y en el hombre del pasado.

No hay casi nada que se parezca al rojo. No hay rojo ninguno.

Es tan redonda que no llega a ser real. No le podés calcular ningún perímetro porque ni siquiera existe esa luna, pensás, pero la estás mirando, toda blanca, no como dijeron en los diarios y en las revistas. Se estira en una dimensión que no es ni la primera ni la segunda ni la tercera ni la cuarta. Es otra. Tocás el vidrio de la puerta del balcón. Vas a volver a tu cama y a dormir.

Esta noche no te sirve porque no hay rojo ninguno. No hay ninguna forma de rojo.

Son las tres y cuarenta y dos de la mañana. La dimensión en la que estás ahora quedó doblada y ahí las cosas no pasan. Acá ningún movimiento puede completarse, pensás, pero de repente alguien toca el timbre. El ruido llega lento, como si cruzara un mar de madera, y tardás en darte cuenta: alguien toca el timbre. Ahora sí tenés que entrar. Cerrás la puerta del balcón y a través del vidrio la luna sigue tan blanca como hasta hace un minuto. Ahora no la mirás más. Estás adentro y alguien tocó el timbre. Las luces no las prendés.

No hay ninguna forma de rojo. No hay siluetas rojas.

Caminás por un pasillo que es demasiado largo para tener lugar en el espacio tan chico de tu departamento. Igual existe este pasillo, pensás, y vas dando pasos. Caminás, vas a tu cocina. Habían anunciado una luna roja que no ocurre y los pasos te salen como en el espacio. Llegás a la cocina y levantás la vista. No querés ver.

No hay siluetas rojas ahí. No hay tonos de rojo ni ninguna luz en la cocina.

Hay una figura que se ilumina por su propia iridiscencia. Es el hombre del pasado. ¿Hace cuánto que no lo veía?, pensás. Brilla como un holograma y está apoyado en tu heladera. Come algo, cosas que en tu heladera no hay, con una boca que en verdad no tiene. La abre y le salen dibujos de entre los dientes. No era nadie, te dice, alguien que pasó y tocó. Vos lo mirás pero no sabés con qué ojos porque los de la realidad no deberían servirte para esto.

No hay tonos de rojo, te decís a vos misma. No hay ni un rojo.

Mastica lento. Brilla y te dice cosas, pero ahora no entendés. Escuchás por separado, palabra por palabra, agua, ayer, yo, cuando, vos, pero juntas no tienen sentido. Te las vuelve a decir. Entendés el sonido de cada letra. Entendés eso nada más, pura articulación, sin el sentido. Querés acariciarle la mejilla, pero no te alcanza la longitud del brazo. Y no te podés mover.

No hay ni un rojo y él fosforece. No hay nada rojo.

El hombre del pasado te mira con ojos que adentro tienen aire. De nuevo te dice palabras, pero vos volvéis a desagregarlas en miniaturas de sonidos, v, o, s, y, o. Te alejás por el pasillo caminando para atrás. Escuchás formaciones de lenguaje que van quedando lejos. A, g, u, a. Un pie atrás del otro atrás del primero a lo largo del pasillo. Querés dormir y pensás en la cama y en tu habitación. Pero no sabés si ahí donde estás vas a poder dormir.

No hay nada rojo. No hay luna roja.

Ninguna geometría admite el rojo. Ni azul ni verde ni amarillo. La geometría es solo del blanco y del negro. Ni gris, ni marrón, ni lila. Parás de tachar colores. Blanco y negro. Nada más que blanco o negro. ¿O no?, pensás, y el pasillo se terminó. Querés ver de nuevo si lo que anunciaron en las revistas termina de ocurrir.

No hay luna roja pero vos querés verla.
No hay luna blanca.

Abrís la puerta y salís al balcón. Es de noche y parece que los edificios se hubieran vaciado. Mirás para arriba. Hay una luna que ahora empieza a borrar su blanco. No sabés si es la misma de antes o si alguien la cambió mientras no estabas. Mirás para abajo. Las plantas, cuando está oscuro, no son ni verdes ni de ningún otro color.

No hay luna blanca ahora. No hay cosas blancas en el mundo.

Pensás en el pasillo y en la cocina y en el hombre del pasado proyectado ahí, en el brillo. Pensás en lo que te dijo. No era nadie, alguien que pasó y tocó: y después de eso no entendiste ninguna otra línea segura. Sobre la luna empieza a avanzar un arco menor, más oscuro, que te parece rojo. Abajo las plantas parecen una sola, hoja tras hoja el mismo color que no existe. Mirás para arriba.

El arco pequeño de la luna ahora puede decirse que es rojo porque no hay cosas blancas en este mundo. Ni un matiz de blanco.

Acariciás una hoja. Parece que te deja algo en la mano, una sustancia tan suave que casi no se siente. Te mirás. No ves nada pero en las yemas de los dedos sentís una superficie muy fina, como una crema casi toda de agua. Esto existe, pensás, y pensás también en tu cama y en el hombre del pasado. Mirás para adentro a través del vidrio, pero de la cocina no sale ningún rayo. En el cielo, el arco de color avanza sobre la luna. Esto pasa, pensás.

Ni un matiz de blanco. Ni blanco sobre blanco en ningún tono.

Decidís que vas a entrar. Mirás de nuevo la luna. El rojo se mueve sobre el blanco y ahora lo que dijeron en las revistas es de verdad. Cerrás la puerta de vidrio del balcón detrás tuyo. El pasillo es demasiado largo, pensás, y vas caminando. Contás los pasos. Son más de diez, pero te olvidás el número. La cocina sigue oscura. El hombre del pasado ya no está. No brilla más.

La heladera quedó abierta y sale un reflejo amarillo casi invisible, sin ningún tono de blanco sobre blanco. No va a existir más el blanco.

Cerrás la heladera y prendés la luz. Repasás la mesada. Hay migas, y las juntás y las tirás a la basura. Escuchás sonidos en tu habitación. Son los mismos de antes, palabras envueltas, burbujas, o cosas que crujen, v, o, s, y, o. Apagás la luz y caminás por el pasillo. Abrís la puerta de tu habitación. No hay nadie, pero un cajón del placard está abierto. Lo ves desde lejos, como un planeta muy distante, de otro sistema solar.

No va a existir más el blanco. Ni un blanco más.

Te acercás. El cajón está casi vacío. Lo único que hay ahí es un par de medias. Esas medias no son mías, te decís. Son azules, están deshechas en los talones y son del hombre del pasado. Pero él no está. O ahora no lo ves. O brilla en otra secuencia. Mirás el cajón de abajo: está lleno de tus propias cosas, las que antes estaban en el de arriba. Cerrás todo y salís de tu habitación sin mirar.

Atrás no queda ni un blanco más. Nunca el blanco.

Recorrés todo el departamento. No ves nada que brille en ningún lado. No hay sonidos, ni oraciones que no entiendas, nadie que te llame. Quedó solo una dimensión, y nada más. Van y vienen, las cosas, pensás. Laten en el espacio. Y lo pensás así pero también lo podrías pensar de otra manera. Respirás hondo y salís al balcón. La luna está toda roja, entera. Mirás las plantas y te parece que reflejan el color, cada una con sus hojas ahora, sin mezclarse. En un edificio alguien prende una luz. Arriba, mucho más arriba, ves la esfera roja.

La luna, pensás, nunca fue del todo blanca.

Cuento incluido en *Los límites del control*, Buenos Aires, Alto Pogo, diciembre de 2017.

Julia

—Este jardín es un desastre.

Augusto tenía razón. A las flores de cinco pétalos les faltaban dos. Los pastos que tenían que ser de grama gruesa eran finitos como líneas y las fuentes se habían secado. Tenía razón Augusto, sí. Pero fue a sabiendas que yo había contratado a un jardinero especializado en destrozar. “¿Hay alguna diferencia entre orden y desorden?” Su pregunta retórica me convenció y lo invité a trabajar. Me dijo que primero teníamos que conversar, que él tenía una filosofía muy particular de la jardinería, que no quería que después yo me llevara ninguna sorpresa. Nos sentamos, él de un lado de la mesa de la galería, yo del otro lado. “Hierro fundido”, me dijo, “una elección meramente correcta para muebles de jardín”. Siguió: “Un lugar común”. “¿Y usted qué hubiera sugerido?” “¿Yo? Yo a la mesa le hubiera cortado las patas, la hubiera dejado al ras del piso”. Me simpatizó, pero creí que estaba exagerando para impresionarme. “Ni más ni menos”, me dijo en tono de fórmula. “Ese es mi lema. Lo que tiene mucho de sí mismo se cercena; lo que tiene poco de sí mismo, se suplementa”. No sonaba mal. Sonaba a principio razonado, incluso. Se quedó callado y miró hacia el fondo. En el jardín había tres cipreses, un sauce llorón que caía sobre una fuente y un limonero. “¿Ve?”, siguió al rato, “ahí pasa lo mismo, lugar común tras lugar común”. Los pinos para el sentimiento romántico de bosque cargado de emoción, el sauce para la interacción del vegetal con el líquido, el limonero para la sensación de belleza utilitaria. “¿Se da cuenta?” Me daba cuenta. “¿Cómo es su nombre?”, le pregunté. “Lámeme Maler”. “Empiece cuando quiera”. “Mire que todo eso de allá va a volar, eh”. “Que vuele, Maler, que vuele. Ya estoy harta”. Y así cerramos los preliminares.

El jueves siguiente empezó con las alegrías del hogar, que crecían en los canteros del perímetro. “La idea del cantero la tenemos que erradicar”. Tomó un sorbo del café que le

había preparado. “Pero es un proceso y lleva su tiempo; hay que dar el primer paso”. Se agachó y me señaló una de las flores, blanca como el resto. A mí siempre me habían encantado las alegrías del hogar blancas, las más puras, aptas para cualquier estado de ánimo. “Tienen demasiados pétalos”. Y le extrajo dos de los cinco, sin arrancarla. Pasó a la siguiente. “Atienda sus asuntos”, me dijo, “esto va a llevar un rato”. Yo asuntos hacía mucho que no tenía, así que me acomodé en la silla de hierro fundido y lo seguí mirando. Fue pasando de flor en flor, restando pétalos. Los que sacaba, los iba poniendo en una cajita transparente que había dejado en el césped, más o menos al alcance de la mano. A medida que iba avanzando por el cantero que bordeaba el jardín, iba moviendo también la cajita, que se iba llenando de escamas blancas. “Las flores blancas son las peores”, se quejó. “Al menos cuando son matizadas se equilibran con el desorden de los colores. Pero parejas, y blancas, es demasiado”. Lo decía como para él, pero era claro que las premisas eran para mí, así que, en algún punto de la primera tarde, entré a casa a buscar un cuaderno. “Uno nuevo”, me dije a mí misma, y agarré uno de tapas blandas.

No habló más en lo que quedó de la jornada. Yo hice memoria y anoté a mi modo los preceptos de Maler mientras él daba la vuelta a todo el jardín, agachado. Cuando llegó de nuevo al punto de arranque se paró e hizo movimientos giratorios con la cintura y la cadera. Volvió a hablar: “La gente se preocupa por que no se vea el trabajo del jardinero en el jardín. A mí me parece más importante borrar las huellas del jardín en el jardinero”. Se sacudió el polvo, elongó el cuello, los brazos, y de nuevo el cuello. Lo elongó tanto que llegué a verle la nuca, volcada hacia adelante. Las primeras vértebras se le marcaban en la piel. Adentro ese hombre tenía pinches, como un rosal. No dejé de mirarlo. Volvió a su eje vertical y me miró serio. “Le dejo los sobrantes”. Me dio la cajita. “Sacamos seiscientos cuarenta y ocho pétalos, dos de cada flor; fue un buen primer día”. Le sonreí y agarré la cajita. Estaba tapada y si la movía no emitía ningún ruido. Los pétalos son silenciosos. Tenía trescientas veinticuatro flores de alegrías del hogar y hasta ese momento no lo había sabido. Claro que el número seguramente no hubiera pasado un día sin cambiar. Pero ese día, ese primer día, yo tenía trescientas veinticuatro flores en mi jardín y no lo hubiera sabido si no hubiera sido por Maler. Le abrí la puerta de calle. “Hasta el jueves”, me dijo, “llego temprano”. “Que descanse”, respondí y sonreí de nuevo, entrecerrando los ojos. Se fue Maler y yo volví al jardín. En el cuaderno anoté el número de flores, el número de pétalos extraídos y el resultado general del trabajo de esa primera jornada. Había sido un esfuerzo meticuloso que resultaba casi invisible. Las alegrías del hogar ahora tenían tres pétalos, eso era todo. Seguían igual de vivas, igual de abiertas, igual de clavadas en la tierra del cantero. Su blanco persistía en el monocromatismo llano, pero no pude dejar de pensar que, en verdad, la cantidad absoluta de color blanco había descendido considerablemente. El blanco se había restado a sí mismo algo de su blanco. Los puntitos de luz, rodeados de las hojas verdes de la planta, seguían existiendo, miraban hacia arriba como buscando algo, sol quizás, pero, en realidad, sumaban un total bastante menor que a la mañana.

Llegó Augusto un rato después. Venía del centro, de traje, serio como todos los jueves. No le gustaba sacarse la ropa de calle cuando entraba a casa. Le gustaba cenar vestido como si estuviera en un restaurante, peinado con el pelo hacia atrás, la frente despejada, las mejillas tan chatas que, si la luz le daba de costado, hasta parecían maquilladas. Se sentó conmigo, mirando al jardín. La corbata verde inglés contrastaba con el gris del saco. Atinó a aflojarla pero se arrepintió. Una sonrisa leve y un “Hola, Julia” completaron la llegada. Miró hacia el fondo. “¿Qué tal el nuevo jardinero? Bien, ¿no?” “Sí, muy bien, parece muy competente, sabe lo que hace”. “Se nota, mejor así”. Estiró una mano y quiso llegar a

acariciarme la yema de un dedo índice. “¿Cenamos?” “Claro”, le dije, y nos movimos. Cerré detrás la puerta del fondo y llegué a adivinar las sensaciones confusas de las alegrías del hogar.

En la semana que pasó de jueves a jueves mi cuaderno se fue llenando de ideas y predicciones sobre el modo en que el desorden se iría haciendo lugar en mi jardín. Quería ya saber de qué forma iba a avanzar Maler en su proyecto. Dibujé tres pinos cortados desde sus troncos, un limonero sin limones, un cantero demolido, hasta dinamitado. Tracé una línea seca y pensé que así iba a quedar la superficie de césped: pura tierra suelta. Las frases también se fueron acumulando, para acompañar los diagramas. “Sin árboles no hay sombra, sin sombra el sol mata todo”. “Sin limones no hay lemoncello”. “Sin cantero no hay flores que decoren nada”. Había cuidado ese jardín desde el inicio; veintidós años hacía ya. Cuando nos mudamos el fondo estaba vacío, un recipiente apto para ser organizado y embellecido. Desde el primer día pensé esquemas, estanques o pequeñas fuentes, alguna escultura, material verdoso para una arboleada y flores, muchas flores. Durante el día, mientras Augusto estaba afuera, fui haciendo una lista de deseos y el jardinero de entonces, el primero, los fue cumpliendo. En un solo mes, quedó todo listo para que el paso del tiempo ejerciera lo que tuviera que ejercer y el jardín empezara a ser un espacio de naturaleza vital pero ordenada, de belleza inspiradora pero compacta. Yo miraba los distintos crecimientos todas las mañanas, desde la galería. Los troncos de los pinos se fueron ensanchando, muy de a poco. Unos centímetros ganados en el pino significaban para mí el paso de un año entero. La abundancia de las distintas variedades de rosales, en un rincón, me marcaba el ciclo de cada uno de esos años: el tiempo era más de los pinos y de las flores que mío propio. Se abrían y se morían, se ensanchaban, sacaban piñas, chiquitas como uñas primero, después más redondas, después conos perfectamente escamados; los pétalos se abrían en todos los capullos, sin distinción entre especies, desde las alegrías del hogar, que habían terminado por ganar el cantero, hasta las rosas del rincón de las rosas y todas las variedades de maceta: había primulas, pensamientos, tenía también una camelia chiquita, que el primer jardinero se negaba a dejar crecer, tenía una estrella federal casi hecha arbolito a un costado, había, en las paredes, santa ritas y ampelopsis. Había, incluso, una dama de noche. Mi dama de noche.

Cada año, la noche que la dama de noche abría sus treinta flores yo me desvelaba a propósito y me quedaba en el jardín. La luna, desde arriba, iba marcando un ritmo que la unía a cada una de las flores. Empezaban a abrirse casi todas a la vez. Eran como manos anudadas que se sueltan, manos de mil dedos sin huesos. Yo les miraba el nacimiento, en las primeras horas oscuras, y las veía avanzar así, como hijitas de cartílago. Se movían muy lento en la apertura, pero el movimiento era certero. Si apartaba la vista dos segundos, tres, cuatro, al volverla notaba ya la diferencia en el progreso. Llegaban así a estar del todo abiertas, en ciento ochenta grados sus pétalos hilados entre sí. Parecía que se quedaban ahí, quietas por un minuto. Parecía entonces que la noche se iba a detener, que ellas treinta se iban a quedar así para siempre, y que yo, sentada en la silla, afuera, cerca y a la distancia a la vez, me iba a pausar con ellas, cada una de las partes de mi cuerpo unida de alguna manera extraña a cada una de las flores. Mi nariz con la de más al fondo, mis dedos con las del frente, mis ojos con las que habían quedado un segundo nada más retrasadas en la apertura, mis pies con las que iban adelantadas. Así parecía, durante un minuto, que iban a suceder las cosas. Pero lo cierto era que el movimiento no se detenía. Para las flores abrir y cerrarse era lo mismo, el movimiento era continuo. Era yo la que, todas las noches de esos años, pensaba que había un corte entre el proceso de abrirse y el de cerrarse. Para ellas era todo parte de lo mismo y no podían decir ni siquiera si se estaban cerrando o abriendo, todos los momentos eran

instantáneas dispuestas una después de la otra después de la otra. Era yo nada más que quería una diferencia. Pero no existía. Y yo empezaba entonces, en la misma noche, a verlas cerrarse. No era que se cerraban por un momento, por unas horas, o hasta el día siguiente. Se cerraban para morir, las flores, las treinta flores blancas rosadas. Hacia adentro empezaba a retroceder la proyección, y la mano de huesos flojos ahora quería volver a formar un puño. Avanzaba hacia atrás, hacia el puño, un dedo de pétalo tras otro, pero el puño no se volvía a formar nunca. Los hilos de las flores se habían ablandado en el proceso, estaban desmayados adentro de sí mismos, no les había quedado ninguna estructura interna. Una vez muertas, las damas de noche eran como fantasmas blancos deshilachados, sin más misterio por detrás que el que les había presenciado durante una noche entera.

Mi dama de noche era lo único que iba a extrañar después de la destrucción. El resto podía volar: no necesitaba las rosas, ni los pinos, ni el césped blando, ni los canteros. Me convencí por completo entre el primer jueves y el segundo. Maler llegó temprano, como había dicho. A las siete sonó el timbre. “Hoy empezamos con el pasto”, dijo. Me parecía perfecto, yo ni siquiera quería seguir diciéndole césped. Me acordaba todavía que el primer jardinero lo llamaba por su nombre científico. Familia *Poaceae*, me decía siempre, y yo intentaba recordar la nomenclatura latina. “Es poaceae, ¿no?”, le pregunté a Maler. “Eso a nosotros no nos importa nada, es pasto”. “Miremos adelante, toda la superficie verde”, me pidió. Miramos los dos juntos. “¿Qué ve? ¿Hay mucho o hay poco?” “Mucho” “¿Qué hay que hacer, entonces?” “¿Sacar?” “Perfecto, Julia”. Mucho, entonces restar. Poco, agregar. Ya había aprendido y aplicado el principio de Maler. “Ahora me tiene que dejar a lo mío; siga sus asuntos”. “No tengo nada que hacer. ¿Puedo mirar?” “Haga lo que quiera”. Yo quería mirarlo. Mirarlo agacharse muy de a poco e igual de a poco apoyar las palmas de las manos en el pasto, firmes y suaves a la vez. Se apoyaba en una y con la otra manejaba una tijera chiquita, la manejaba casi con dos dedos nada más. De nuevo, una cajita transparente quedó dispuesta en el centro del jardín y ahí iban a parar las mitades longitudinales de las hojas de pasto que Maler iba extrayendo. “Son demasiado anchas estas hojas, les sacamos la mitad y van a estar mejor”. Lo decía, algo estaba diciendo Maler. Yo llegaba a anotar unas palabras en mi cuaderno y después volvía a mirarle los antebrazos, girados sobre sí mismos, estirados en todos los músculos. Se le marcaban las venas alrededor. Volvía yo, intentaba volver, al cuaderno, y releía lo que había escrito: “Retira mitad pasto”.

Terminó ese jueves, con la mitad del pasto adentro de muchas cajitas. En el suelo, la otra mitad había quedado aplanada, viva, verde pero más difusa, más sencilla. Terminó el jueves que siguió, también, dedicado a los pinos. Maler hizo pozos en el piso, rodeándolos, y a cada uno de los tres, desde abajo, invisible, les quemó la mitad de las raíces. El cuarto jueves tapó los desagües de la fuente, que quedó estancada. Cada semana, y durante un año, fue aplicando el mismo principio a todo: los rosales ahora eran varas con dos pétalos, la estrella federal ya no tenía hojas rojas, las enredaderas se convirtieron en ondas de marrón y verde intercaladas que recorrían las paredes del jardín. Yo me fui acostumbrando, también, a tomar apuntes gráficos de cada jornada, y mi cuaderno se fue llenando de diagramas. Dibujaba un bulbo pinchado, una hoja cortada, y transcribía también alguna frase de Maler: “Así no nacen más”, “Así dan menos sombra”. Los sobrantes de las especies, cada jueves, quedaban archivados en cajas transparentes de distintos tamaños. Las fui ordenando en el sótano. Les puse etiquetas numeradas, con el nombre del vegetal en cuestión, con la fecha de la realización del procedimiento y con la descripción de lo que Maler les había hecho a las plantas. “Uno. Alegrías del hogar. 3 de Diciembre de 1987. Extracción de dos pétalos”. La pequeña cajita con los pétalos de las flores blancas ya secos, ocres, estaba a la mano,

emplazada a la vista de las demás cajas. “Es la primera, que les sirva de ejemplo”, pensaba yo cada vez que la veía sola, única, en el estante del centro. Faltaba la última acción, el último jueves. Algo iba a hacer Maler con la dama de noche.

Augusto había empezado a notar cambios recién a los seis meses, cuando el desmejoramiento de los cipreses empezó a ser evidente. Algunas ramas seguían igual de verdes y tirantes y perennes que siempre. Pero el resto, la mitad de la vegetación en los pinos, ya no existía. Había quedado depositada, pura pinocha, alrededor de los troncos. “¿Será alguna infección botánica? ¿Qué dice el jardinero?” “Dice que es normal, que cada veinte o treinta años los pinos y todos los árboles pasan por una etapa de recambio generalizado. Que los pinos son como los humanos, dice: a veces entran en crisis”. Augusto bajó la cabeza. “Es en serio”, le dije, “yo también lo estuve investigando”. “Está bien, Julia, pero hay que hacer algo para revertir el proceso, ¿no?” “Sí, en eso estamos justamente con Maler”. “¿Maler?” “Sí, Maler, el jardinero” “¿Se llama Maler? Nunca me habías dicho” “¿En serio? Qué raro. Sí, Maler”.

Augusto se fue de a poco resignando a no decirme nada sobre el jardín. Todos los jueves me saludaba como siempre, como todos los días, casi llegando a tocarme la yema de un dedo de la mano derecha. Miraba de reojo para afuera y daba vuelta la cara. Cenábamos juntos adentro, en la mesa del living. Yo le contaba, a veces, que estaba mejorando mucho en mis dibujos de herborista, que hasta quizás estaba pensando en tomar alguna clase de dibujo técnico. Él levantaba la vista y me sonreía desde lejos, en la otra punta de la mesa. Pero en el metro y veinte centímetros que su sonrisa tenía que recorrer para llegar a alcanzarme, se diluía. No quedaba nada. Yo, entonces, también bajaba la vista y terminábamos de comer como si comiéramos solos, cada uno por su cuenta. Él subía primero a su habitación y yo después a la mía. Teníamos una tercera pieza, para cuando queríamos dormir juntos, pero hacía ya un tiempo que no la usábamos. Algunas veces, a la tarde, los días que no caían en jueves, desde el jardín yo me imaginaba cómo estarían los objetos en esa tercera habitación, si algo habría cambiado desde la última vez que había entrado, si el color de las paredes seguiría siendo el mismo, si las lamparitas de los veladores explotarían al prenderse.

El segundo semestre lo dedicamos a mantener el trabajo de la primera etapa: Maler revisó las flores y cercenó pétalos, dividió los pastos en dos, una mitad para la cajita y otra para la tierra, atizó las quemaduras de las raíces, esta vez de todos los árboles, pinos, sauces y limonero. A los limones les inyectó almíbar: “Son demasiado ácidos”. A las rosas rojas las roció con un preparado de agua y lavandina: “Son demasiado rojas”. A las rosas blancas, con una dilución de anilina roja: “Son demasiado blancas”. Cada jueves, yo lo miraba hacer durante el día entero. Me quedaba desde la mañana hasta la tarde sentada en la silla. Seguía anotando frases sueltas, dibujando las especies que se iban extinguiendo, de a poco, en el jardín. Parecían un acto de nostalgia, mis dibujos, o uno de aprendizaje, pero no dibujaba ni para tener un recuerdo ni para aprender nada; dibujaba las especies porque quería que empezaran a existir en el cuaderno y dejaran de existir ahí, en la naturaleza. Lo dibujaba a Maler, también, a veces. Cerca del mediodía, con el sol perpendicular, me encontraba trazando líneas que imitaban el recorrido que sus venas le hacían en los brazos. Miraba las venas y miraba el papel e intentaba que el lápiz copiara los dos mundos. Pensaba, cuando el dibujo me salía muy bien, que mi mano había hecho, sobre el papel, el mismo exacto movimiento que hubiera hecho sobre la piel de Maler. Él levantaba la vista un segundo y yo daba vuelta la hoja y volvía a mi intento de botánica. Maler no sonreía nunca. Nunca sonrió. Ni siquiera cuando corté una de las rosas rojas bañadas de puntitos blancos de lavandina y la

puse en el jarrón de la mesa del living. Ni siquiera cuando lo invitaba a almorzar conmigo, en la mesa de la galería, y me burlaba de los proyectos tan bellos que había tenido con el primer jardinero. Ni siquiera sonrió cuando llegué a contarle que me divertía ver la cara de asombro pasmado que ponía Augusto cada vez que se asomaba al jardín.

El último jueves Maler llegó dieciséis minutos tarde. “Es para que se empiece a desacostumbrar a mí”, me dijo cuando le abrí la puerta. Le miré el movimiento de la mandíbula pronunciando lo que había pronunciado. Me quedé quieta ahí, en el vaivén ascendente y descendente de su mandíbula. Él había dicho algo que podía llegar a dolerme, que tenía que dolerme, incluso, pero prefería oírlo, oír eso, con tal de ver su mandíbula arriba y abajo, con tal de que dijera lo que tuviera que decir moviendo un poco los brazos. “Pase”, le dije. “¿Está lista?” “En realidad, no”, le dije. Hacía varias semanas que venía pensando en mi dama de noche. Había pasado casi un año desde la última floración. Los pimpollos estaban listos para abrir. Sería esa misma noche, o la del viernes. La idea de Maler era que esa floración no llegara a ocurrir. “Esta planta ya ocupa mucho espacio con las ramas carnosas, no tiene que tener flores”, me había dicho. “¿Ni una?” “No, ni una, que sea un cactus ya es exotismo suficiente. Con flores sería demasiado”. “Bueno. Hágalo rápido. Yo no quiero ver” “Mejor si no está usted”. La mandíbula se le movió de nuevo, como una guillotina. “Voy a estar en el living, cualquier cosa me avisa”. “Atienda sus asuntos, Julia. Le dejo los restos en esta caja”. Me la mostró. Era igual de transparente que todas.

Sentada en mi extremo de la mesa, me puse a dibujar de memoria las flores de la dama de noche. Los hilos blancos, los pitilos amarillos, la apertura, el cierre. Dibujé una luna también, dos, tres. En cualquier planeta tenían que existir las damas de noche. Tendría que ser algo así como un derecho de la naturaleza, pensé en ese momento, mientras iba terminando de dibujarle a una de las flores todo el arco temporal, desde el brote hasta el desarme del final. Las había dibujado chiquitas y todo el avance se terminaba de solucionar en dos páginas conjuntas, apaisadas. Las flores ya estarían en el pasado, de todas formas. A esa altura, Maler ya debía estar avanzado con el trabajo. Era fácil lo que tenía que hacer hoy, era mero arrancar. A esa altura, las flores ya no existían en la planta. Estarían detenidas, sin progresión, adentro de la caja, esperando al resto, a las que quedaran por cortar. Pensaba en los pétalos cilíndricos, los imaginé como tiritas vendadas, como filamentos de materia pura, de brillante. Las pensé así, a las flores, a todas las que podía llegar a haber en mi dama de noche, les pensé los giros y las aperturas y les pensé las noches enteras. El olor también les pensé: no existía pero yo me lo imaginaba como de savia. “Acá las tiene”. Yo había cerrado los ojos y volvía a abrirlos. “Eran treinta y dos este año”, me dijo Maler y dejó la caja transparente en la otra punta de la mesa. “Ya estamos por ahora, Julia”. Yo quería hablar, decir alguna cosa, pero la primera palabra de lo que podía llegar a decir se había quedado trabada adentro de mi cerebro, con los filamentos todavía vivos de las flores, y no dejaba salir ningún otro sonido. Me levanté y le sonreí suave, caminando hacia la puerta. “Así se cumple el proyecto, Julia, ya estamos”. Le abrí la puerta, mirando al suelo. Mientras miraba las baldosas de la entrada me acordé de que Maler tenía los ojos grises. Levanté la vista: quería vérselos antes de que se fuera. O verle los brazos o la nuca. Verle algo. Pero cuando terminé de lograr que mi cabeza quedara en posición vertical, él ya se estaba subiendo a su auto.

Cerré la puerta. Faltaba más de medio día para que llegara Augusto. Me senté en la mesa, de nuevo, pero más cerca de la caja llena de flores sin abrir. Puse la mano derecha sobre la tapa, como si las flores pudieran leer algo que yo no entendía en mis huellas dactilares. Eran treinta y dos. A la noche hubiera podido verlas abiertas. Hubiera podido

contarlas yo. ¿En un año las tendría de nuevo? ¿Volverían a crecer, como si nada hubiera pasado, el año siguiente? Quizás era necesario para que el ciclo siguiera año tras año que las flores nacieran y murieran en la planta, quizás no. No lo podía saber; a Maler no se lo había preguntado. Era indistinto, ya. Agarré la caja entre las dos manos y la llevé para abajo, al sótano. La luz del techo era insuficiente y lo único que alcancé a ver fue la primera cajita de pétalos, que seguía contenida e impoluta en el estante del centro. Las demás especies que Maler había ido recortando a lo largo del año estaban perdidas en el filtro ocre de la casi oscuridad. Arriba, en el jardín, la luz todavía estaría cayendo franca, con los rayos más directos del verano. Habría sol en el jardín, pero el pasto ya era la mitad del pasto, las flores la mitad de las flores y los árboles la mitad de los árboles. Hice lugar y acomodé la última caja al lado de la primera. “Cincuenta y tres. Dama de noche. 1º de diciembre de 1988. Extracción total”.

Cuento incluido en *Rousseau*, libro inédito de relatos de ficción
a partir de distintos textos de Jean-Jacques Rousseau.

Caja negra

Los aviones que desaparecen tienen una cualidad ontológica diferente. Algunos están hechos de átomos con uniones moleculares más débiles. Otros, de elementos químicos todavía no descubiertos. En todo caso, tienen otra densidad y otro nivel de visibilidad. Cuando vuelven a aparecer, en el fondo del mar o en una montaña nevada, su ontología cambia de nuevo: vuelve a la firmeza, a lo concreto, y llega a ser casi igual que antes.

Las personas que viajan en los aviones que desaparecen a veces se preguntan qué va a pasar con sus células cuando el avión en el que viajan termine de desaparecer. Las azafatas les responden que todo va a estar bien, que sus células y sus moléculas no van a sufrir cambios, que en la cabina de mandos todo está en orden. Cuando los aviones que desaparecen vuelven a aparecer, las personas que viajan en sus asientos se preguntan de nuevo qué va a pasar con sus células, ahora que han vuelto a la visibilidad. Las azafatas no les responden y formulan la misma pregunta acerca de sus brazos. Los pilotos no llegan a decir nada aunque tienen la boca abierta.

En el momento en que desaparecen los aviones que desaparecen, se escucha en el aire un sonido hondo. Es el chirrido de las uniones moleculares que se van aflojando. Cuando el ojo humano deja de detectar los aviones que desaparecen, las retinas pasan a estar menos cargadas y el nivel de saturación visual desciende en el mundo entero. El avión que desaparece deja de ser visto cuando los globos oculares de sus pasajeros se ponen blancos y giran hacia adentro. Las pupilas de los pasajeros que viajan en los aviones que desaparecen no se parecen a nada conocido y no miran nada. Los ojos de las azafatas se vuelven opacos y dejan de pestañear cuando el avión que desaparece desaparece.

En el aire se recorta un hueco y el avión que desaparece pasa de estar a no estar, de repente. O al menos eso es lo que al avión que desaparece parece ocurrirle. Los músculos de los pilotos se aflojan cuando desaparece su avión que desaparece. Las caras se les difuminan

y la piel se les estira. Dejan de tener facciones, el piloto y el copiloto del avión que desaparece. No llegan, en ese momento mismo, a levantar el transmisor e informar a los pasajeros. En el momento mismo en que el avión que desaparece desaparece, los sonidos se anulan en la cabina y se oye, como último rebote, algo chiquito que explota. Son las conexiones sinápticas que van diluyéndose.

Después de que el avión que desaparece haya desaparecido, los pilotos vuelven a tener algo que parece una cara. Se diría que es casi la misma cara, salvo por dos detalles. Los ojos están cerrados, inmóviles. Y sus cuellos miden tres centímetros más que antes. La ventanilla frontal está en blanco y los controles no titilan con ningún color. Mientras el avión que desaparece permanece desaparecido, los pasajeros miran con sus ojos blancos el blanco a través de las ventanillas y no dicen nada. Cuando constatan el blanco del entorno, los ojos de los pasajeros vuelven a girar hacia adentro. Las azafatas del avión que desaparece se quedan paradas con los brazos extendidos hacia adelante. Señalan los puntos de salida con manos flojas. Mientras dura el momento en que el avión que desaparece queda desaparecido, las pupilas opacas de las azafatas se mantienen fijas, derechas.

Cuando el avión que desapareció vuelve a aparecer, en el fondo del mar, los pilotos hacen el anuncio. Los sonidos se escuchan de nuevo, aunque más lentos. Las palabras salen de la boca del piloto, entran al micrófono, pasan por cables, llegan a los parlantes y después a los oídos de los pasajeros. La información de que el avión que desapareció ha vuelto a aparecer les llega a los que viajan en el avión que desaparece. Los pilotos vuelven a su tono muscular de siempre y la ventanilla frontal se vuelve rosada. El piloto gira la cabeza y su cuello va descendiendo a su medida original. Le sonrío el piloto al copiloto y los comandos titilan en azul.

En el momento en que las frases del piloto llegan a los oídos de los pasajeros, las azafatas del avión que desapareció y volvió a aparecer bajan la vista y los brazos se les caen. Las salidas de emergencia quedan sin señalar. Las pupilas se les vuelven transparentes y la pose corporal se les afloja. Mientras el avión que desapareció vuelve a aparecer, los pasajeros registran cómo en las ventanillas el blanco se vuelve rosado, y los globos oculares les giran hacia el frente. A los pasajeros les llega la información por los parlantes y los ojos les vuelven a tender al color de siempre, aunque quedan unos tonos más claros. Los pasajeros del avión que desapareció y volvió a aparecer, en una montaña nevada, abren las bocas y distienden los labios. Miran a las azafatas, que caminan para atrás, retrocediendo de a poco hacia la cabina. Las miran y ven que tienen los nudillos flojos y las rodillas semiflexionadas. Las azafatas llegan a tocar la puerta de la cabina con la espalda cuando las mandíbulas de los pasajeros terminan de ablandarse.

Cuento incluido en la antología *La frontera durante*, Buenos Aires, Ediciones Outsider, 2015.

484mm³

Siempre le había tenido miedo a la escalera, aunque solo llegó a notarlo cuando dio con su cabeza contra el tercer escalón, una tarde de ángulos filosos que le hizo perder el monto exacto de sangre que tres años después iba a necesitar y no iba a tener.

En el momento en que su frente se encontró con el borde de mármol acerado, la inquietud vacía que iría a sentir tres años más tarde se sentenció por completo. Los siguientes treinta y seis meses se aceleraron y ocurrieron acumulados al mismo tiempo, justo en el instante del choque frontal, como si algo los hubiera convocado a acontecer en la tarde del cuatro de febrero, a las cinco y veintidós. Algo, quizás una alucinación ensangrentada en la cabeza del hombre que, en ese momento, se encontraba dejando su marca sobre la superficie afilada e imperturbable de mármol. Las pestañas no pudieron defender a los lagrimales del alto contenido de sal sanguínea; lagrimales que, entonces, ardieron.

La alucinación teatralizada en el cerebro que se estaba cortando consistía en la presunción de que no quedaría nada luego del choque con el escalón. Más que de una fantasía, se trataba de un miedo en imágenes, de un terror como pantalla, y el dolor empezaba ya a proyectarse sobre el troquelado diagonal signado en la frente desde esa tarde.

Cuando un monto de sangre perdida es exacto, no se recupera nunca. Resulta imposible rellenar la cápsula vacía que recorrerá las venas por siempre, como una burbuja en un vaso dado vuelta, como una exhalación de aire en una pileta tapiada.

La cantidad de la tarde del cuatro de febrero había sido demasiado exacta como para intentar siquiera reponerla con transfusiones. En el quirófano se limitaron a sanar la herida, procedimiento que no consistió más que en agua oxigenada, aguja e hilo quirúrgico. No se ocuparon de sonrosar la tez empalidecida, ni de devolver alguna gota de color al pecho, ni de texturar la piel que rodeaba los gestos. Dijeron que sería imposible, que el monto perdido había sido meticuloso, que nunca podrían calcularlo para saciar la pérdida.

La precisión era lo que definía a la sangre perdida y lo que iba a definir al paciente cuando, tres años más tarde, al intentar rastrear la causa de un malestar sin sentido, se encontrara con una carencia milimétrica que parecía eterna, aunque había sido adquirida en el tercer escalón de una escalera de mármol.

Cuento incluido en *Protocolos naturales*, Buenos Aires, Metalúcida, 2014.